



EL ECO DE CARTAGENA

Nº XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12754

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 17 DE MAYO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Oumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

El presupuesto de Marina

Acompañando al Rey, que se encuentra ya en la capital de la nación descansando de las fatigas del viaje, ha llegado a dicha capital el señor Maura.

Con su vuelta habrá tomado nueva animación la política; y en un par de consejos de ministros, de los cuales ya estará el uno celebrado y el otro se celebrará mañana, quedarán listos los presupuestos nacionales para ser presentados a las Cortes.

Faltaban por examinar, al marcharse a Sevilla el señor Maura, el de Marina y el de Guerra; y aunque nos interesa éste bajo el punto de vista general, nos interesa doblemente el otro por lo que particularmente nos afecta.

Al avance del proyecto que han publicado los periódicos se habla de nuevas construcciones; pero también se dice que la fuerte cantidad presupuesta para dicha atención corresponde a un presupuesto de treinta y ocho millones que ha de gastarse en cinco anualidades.

No es mucho; pero si ese presupuesto corresponde al plan de obras comprensivas de algibes y demás de que se habló el pasado año, es menos aún, sobre todo para Cartagena a la que correspondía una ínfima parte en el reparto.

¿Qué deberá esperar de todo eso la maestranza? ¿Habrá que reducir la? ¿Subsistirá la presente situación que la obliga a suprimir un día laborable a la semana? ¿Saldrá de la anomalía en que vive?

Desconociendo el presupuesto que labora Ferrandiz, desconocemos igualmente lo que sobre el particular piensa el ministro de Marina. Mas como conocemos la

situación presente, porque presentamos sus efectos tristes, creemos que algo se debe hacer para que no rebase el límite del presente presupuesto.

Bajo este punto de vista no se duerme Cádiz. Aprovechando el viaje del Rey a aquella población le ha pedido trabajo para el astillero; y como en el pedir no hay engaño, ha repetido la súplica en Sevilla, comisionando para ello á una representación lucida y numerosa.

Muy lejos está de nuestro ánimo censurar semejante proceder. Hace perfectamente Cádiz preocupándose en la suerte de sus hijos. Si peca de anticipada su gestión, preferible será a que pecara de tardía, cuando ya no tuviese remedio.

Tal vez a esa circunstancia del retraso en la súplica debe este arsenal el privilegio de ser el menos atendido, privilegio que subsistirá, porque aunque una larga experiencia lo aconseje, no nos quejamos antes que nos peguen, aunque veamos suspendido el palo sobre nuestra cabeza.

Y ya es hora de dar suelta á los lamentos. Precisamente está ahora mas que nunca la maestranza necesitada de protección. Su reducido haber se ha empqueñecido en un jornal, y es justo que se pida que en tiempo oportuno se le atienda reponiéndole lo que pierde ahora.

Hay que ser de los adelantados, por que la experiencia nos ha demostrado, en to las ocasiones, que llegamos tarde.

TUERETAZOS

Leemos en un colega madrileño:
«No pasa nada.»
No dirán lo mismo las víctimas del tifus.
Ni los veinte mil trabajadores que hay sin trabajo en Barcelona.
Ni los que por aquí van azorados teme-

rosos de encontrar en su camino un perro.

Estos colegas que viven por y para la política llaman «cruada» á no haber una conferencia ni un anuncio de crisis.
Eso sí que es algo.
Lo demás, aunque sea un terremoto que eche abajo un pueblo, no merece la pena.

¡A ver, á ver!
«Al entrar esta mañana los coladores, encontraron al sujeto en cuestión ahorcado.
Con dos pañuelos unidos y colgados de la reja se ha suicidado.
El cadáver no ha sido habido.»
¡¡No!!
¿Pues no se encontró al sujeto ahorcado? Eso sujeto encontrado ahorcado y que no ha sido habido es el rompecabezas más enorme que han conocido las edades.

Leemos:
«El marqués de Comillas ha heredado una renta de cincuenta mil duros del opulento capitalista Sr. Calvo, recientemente fallecido en Cádiz.»
Ya lo dice el refrán.
¿Dinero, dónde vas?
Dónde hay más.

Dicen de Madrid:
«Por esas calles van los benditos *isidros*, arracimados, sourrientes y cogilitos de la mano.»
Así paga el diablo á quien bien le sirve.
Si se retrajeran un año los *isidros*, se acabaría la costumbre de que los pusieran en ridículo aquellos á quienes benefician.
Y valía la pena de que se declararan en huelga siquiera un quinquenio.

«SPOLIARIUM»

Todo por los «churumbeles»

Eriza el caballo, ó pone los pelos de punta, como escribían los folletinistas de fines del último siglo, la lectura de los detalles de curación á que están sometidos los desventurados toreros heridos.

Los profesores médicos encargados de la asistencia de tan valientes artistas son la providencia para estos infelices, reconstruyendo lo que han destrozado los cornúpetos.

¡Qué curaciones, Virgen Santa! Extracción de hilas y gasas, fuertemente agarradas á las heridas; después lavado abundante y detenido; escozor inevitable, y después cura nueva, hilas y gasas nuevas y dolor también nuevo y tortura viva y efectiva.

Los aficionados al arte de Costillares leen con emoción estos relatos y á veces, por rostros bronceados y curtidos, ruedan lágrimas como garbanzos de Fuentesauco, lágrimas silenciosas... que son todo un poema.

Hay que hacerse cargo de la situación de los pobres heridos.

Hablado del que se encuentra más grave, dice un periódico, que el vendaje le cubre toda la cara, dejando sólo al descubierto la boca y el ojo derecho y que realmente impone miedo la sola contemplación de aquella cabeza con el inmenso vendaje constantemente empapado en sangre.

Y todo ¿por qué? ¡Por los «churumbeles!»

Esa es la madre del borrego, que dijo el otro.

Dice un periódico que al preguntarle á uno de los heridos si tenía ánimos, contestó:
—Sí, señor. Lo de la herida no le apura á uno cuando está en manos de estos benditos médicos.

—Más preocupa el traje que uno trae en la cabeza, porque el que tiene padres ancianitos, mujer é hijos, en estas ocasiones se acuerda más que nunca de ellos.

Realmente son dignos de admiración estos toreros, cargados de familia y que con gran riesgo personal atiende á sus obligaciones.

La cornada recibida por el interlocutor, es, según los inteligentes, horrorosa, verdaderamente «de caballo», como se suele decir entre toreros, ponderando la extensión de una herida.

Nada más admirable que la presencia de ánimo de estos pobres toreros heridos, resistiendo heroicamente la curación, soportando imperturbables las indispensables molestias y torturas que su lamentable estado tiene que producirles.

Y, sin embargo, están deseando estar completamente curados para ponerse otra vez delante del toro, para que los deshaga de nuevo.

No es la fiera lo que los aterra, sino que la familia pueda carecer de lo más necesario para subsistir.

¡Siempre los «churumbeles!»

Desde que han desaparecido del ruedo los grandes maestros, rara es la corrida en que no hay que lamentar algún grave accidente.

La enfermería de la plaza es un verdadero «spoliarium.»

Sea por descuido, por falta de arrojo ó por las condiciones pérfidas de los toros, e hecho es que de algún tiempo á esta parte, los cirujanos taurinos no destacan.

En otros tiempos tenían muy poco que hacer.

De ligos á brovas, ó sea de Pascuas á Ramos ocurría alguna cogida más ó menos aparatosa; pero lo que es ahora, se puede decir con el poeta que, no dan paz á la mano.

Posible es que estas costumbres toreras se vayan modificando con el tiempo y llegue algún día en que desaparezcan las corridas de toros como desaparecieron ya las lucias sangrientas del circo romano; pero mientras tanto hay que admirar á esta buena gente que se ha metido al difícil oficio de torero, con todas sus consecuencias, esto es con batacasos tremebundos, cornadas horrosas y peligrosos consistentes.

Solo en hilas y ácido fólico gustan los infelices un dineral... ¡todo por los «churumbeles!»

Abel Imart.

CAMBIO DE DERROTERO

Ahora más que nunca es necesario seguir con atención lo que en el mundo se piensa y dice sobre la situación europea, pues no puede negarse que nos hallamos frente á un cambio de derrotero de la historia continental.

Las condiciones de la vida política de Europa conservaban allí mismo la huella profunda de Bismarck, que durante veinticinco años moldeó á su gusto la arcilla diplomática de nuestro viejo mundo. Esta huella lleva camino de desaparecer, si prestamos crédito á la opinión unánime de las revistas inglesas del mes que corre.

Bajo una forma ú otra, al dar cuenta del acuerdo anglo-francés y de la visita de M. Loubet á Italia, hacen constar que, para bien de la tranquilidad general y mayor beneficio de la prosperidad germánica, el pensamiento del Canciller de Hierro, forjado en la guerra, ha cesado de gobernar á Europa.

No es lugar ni ocasión de adoptar ó re-

muy pronto, porque, según los avisos, el convoy debía llegar al día siguiente.

El convento dominaba el camino que pasaba por el pie de la sierra, y la posada de José se encontraba en el mismo camino del lado de allá de la montaña, á dos leguas de distancia.

cie de casa de labranza, ó mejor dicho, mesón ó posada, que recelaba mucho fuese una guarida de partidarios.

El posadero era un hombrecillo anciano, de aspecto agreste y cara ceñuda, llamado José, que habitaba con su mujer y uno de sus hijos en aquellos sitios desde cuarenta años.

El aspecto de este hombre era repulsivo, y no indicaba nada bueno.

Pero Jorge, que tenía por norma de conducta el ser justo para todos y no vejar á nadie sin razón, no quiso disponer de su casa sin prevenirle, ni sin ofrecerle una indemnización proporcionada.

José le rehusó, diciendo que los franceses serian dueños de ocupar donde bien les viniese, pero no de ocupar su casa, que era propiedad suya, de que nadie tenía derecho para despojarle.

El coronel se vió obligado á asegurarse de la persona del insumiso posadero, y le hizo conducir con buena escolta con su mujer y su hijo, mozo de unos veinte años, al puesto donde estaba el teniente coronel, que podía custodiarle con más seguridad en una celda del espacioso convento, lo que debía hacerse



Sin embargo, no pasaba día sin que algún soldado faltase á la lista: todos los días había algún ejemplar de las represalias que tomaban los españoles indignados contra los que acusaban de haber hecho traición á la hospitalidad, á la amistad y á la fe juradas que les habían abierto las fronteras y puesto en sus manos todos los medios de defensa del país.

En un principio, padeció poco el regimiento de Jorge de esta especie de guerra «ni generis» en q